

Santiago Auserón



Arte sonora

En las fuentes del pensamiento heleno


ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Santiago Auserón, *Arte sonora. En las fuentes del pensamiento heleno*. Barcelona: Editorial Anagrama S. A., 2022, 750 págs.

“Ars Sonora” fue el título de un programa de Radio2 Clásica que nos hizo cavilar durante años a los oyentes, ofertando la vanguardia canora de los experimentos formales e incluso electroacústicos más radicales que soplaban por la Tierra; estoy seguro de que un musicoadicto como Santiago Auserón no ha titulado gratuitamente *Arte sonora. En las fuentes del pensamiento heleno* el libro que ahora reseñamos, y que algo de homenaje debe haber ahí.

Quizá por mi torpeza estructural, cuando durante mi juventud estudié en la Universidad derivé rápidamente a la lectura desordenada y voraz lejos de todo academicismo, siendo consciente de que eso limitaba mis aspiraciones profesionales. Quise entender el Mundo Clásico, sobre todo el pensamiento griego, para lo cual estudié el idioma y leí apasionadamente creo que una buena parte de la bibliografía operante entonces... Después la vida me alejó de esa obsesión, aunque fui manteniendo cálido ese vínculo sirviéndome alguna novedad cuando me parecía que la aportación era realmente interesante.

Si algo he aprendido en estos años, ya muchos, es que Nietzsche tenía razón en su denuncia cuando afirmaba que Occidente había utilizado el animismo platónico para autojustificar su obstinación metafísica (religiosa) negadora de la vida, y que eso había ocultado la grandeza del verdadero pensamiento filosófico heleno. Quizá él no supiera exactamente el qué, pero lo intuía. No es lugar para este debate, yo añadiría que incluso el platonismo denostado por el Bigotudo ha sido malinterpretado por esas densas hermenéuticas del tanto decir para decir nada; saber que la palabra “idéa” en griego es una deriva del verbo “ver” debería llevarnos a una reinterpretación de la Historia de la Filosofía Griega.

Y otra cosa: en las últimas décadas hemos ido levantando la alfombra del eurorracismo helenista, hemos ido redescubriendo que esa paparrucha “del mito al lógos” y lo de la racionalidad y la filosofía y la ciencia eran una tapadera para excusar u ocultar dolosamente un mundo tribal, mágico, fuertemente sexualizado (amoral), ritualista, radicalmente diferente del halo renacentista sobre el que siempre se nos ha idealizado la Grecia Antigua, en el fondo buscando justificar la superioridad revelada (divina) de la Civilización Europea, naturalmente exportable a través de la colonización y el dominio planetario (de eso sólo ha sobrevivido el capitalismo, ahora Europa fenecerá víctima de sus aprendices...).

Las demostradas similitudes (y deudas) con sus coetáneos hoy nos muestran una Hélade menos de mármol: más esclavista, más brutal con las mujeres y las víctimas de su expansión, una Hélade, como ya probaran indirectamente y desde esquinas diferentes Cor-

nford, Dodds, Mondolfo y Farrington, más ligada a la magia (también conocida como religión) y lo irracional que a ese invento a posteriori llamado Lógica; conviene leer, por ejemplo, a Peter Kingsley y sus estudios sobre Parménides, que muestran más a un chamán que a un científico (por no citar al Portavoz de la Pitia, ese fantasma histórico de la hipotenusa y los catetos).

Este libro de Santiago Auserón, que se mueve en esta tesitura actualizada, está llamado a convertirse en una obra de referencia en los estudios clásicos, es una descripción pormenorizada del salto intelectual producido al pasar progresivamente (y éstos si son momentos históricos reales) de la transmisión oral del conocimiento a la fijación escrita. La estabilización de los poemas homéricos en epopeyas cerradas transportables para su lectura, primero en alta voz y después, mucho más tarde, como lectura silenciosa, ha sido uno de los pilares de la imaginación occidental; Auserón excava como arqueólogo de la palabra en el pasado oral y los cambios sutiles que supusieron la elevación del más que probablemente inexistente Homero como padre nuestro, pero también cava para entender la pérdida de una forma de expresión que ha seguido latente en nuestra historia cultural y cuya manifestación residual es curiosamente escrita, cuya huella es la poesía rítmica e incluso el verso.

Este viaje de Auserón a los cimientos de nuestra civilización forzosamente nos enriquece, porque cambia matices fundamentales a nuestra mirada acerca del significado de la escritura y la lectura, Auserón aprovecha digresiones muy oportunas para reflexionar sobre la trascendencia de escribir y leer como pilares de nuestro ser, cita a Heidegger recordando que no hablamos nosotros sino el lenguaje.

Que la memoria reposa cómoda sobre patrones rítmicos es algo que nos sigue demostrando una infancia que no aprende nada en el colegio y, sin embargo, recita jugando sin problemas listas de nombres, raps de moda y letras de canciones o el archiconocido “Miliquitumbalamaleticapotingue...”. En el principio fue el ritmo; quizá lo que nosotros llamamos verso (en español y otros idiomas) sea un uso sutil y tecnificado de esa actividad originaria del declamado improvisado donde los temas

y las perchas rítmicas permitían la recreación repentinizada de hechos memorables; ésta es una actividad presente todavía en manifestaciones populares de recitados ingeniosos sobre la marcha, sobradamente conocidos, y hasta revivificadas hoy en las “batallas de gallos”, espectáculos multitudinarios donde la violencia de los púgiles verbales se metamorfosea en habilidad para la dialéctica rítmica entre raperos y un público que, en muchas ocasiones, disfruta, curiosamente, sin conocer los rudimentos básicos de un poema.

Desde la piedra memorial en el túmulo, identificada con el alma del difunto, la función del cuento y del canto ha sido la de crear un mito: superviviente a la destrucción de la muerte. “Antes de que se generalizase el uso de la escritura, la tradición oral procedía con otras reglas, con otras técnicas de registro que proporcionaban a los aedos la posibilidad de reproducir un número considerable de versos” (57), siempre con la función de prolongar la memoria de aquellos (nobles) susceptibles de ser recordados para el prestigio de las familias prominentes, “La ‘areté’ o excelencia se asienta sobre el soporte rítmico del verso [...] semejante a una estatua erguida sobre su sólido pedestal” (160). El canto se convierte así en intercambio de vínculos de unas comunidades con otras, tanto como otros bienes económicos; las fórmulas lingüísticas de los aedos capaces de hacer viajar esas historias contribuyeron a fijar la idea de la Hélade como núcleo humano compartido. El uso de epítetos ornamentales (el tópico de la astucia de Ulises y los dedos rosados o el velo azafrán de la Aurora), los patrones subyacentes y otras paráfrasis ayudan a ajustar e improvisar las diferentes fases de las narraciones, secuenciándolas, permitiendo cantar a cada “trovero” sobre la base de estructuras memorizadas con matices pero también con cierta fidelidad a las historias.

El proceso histórico analizado por Auserón nos muestra cómo las letras imponen su dominio en la transmisión del conocimiento sustituyendo al maestro del canto con cítara o forminge, transmisor original de la cultura. “El sonido de la voz abre camino a la imaginación, transforma la presencia en visión de lo remoto, en tanto que las imágenes interpuestas de los grafismos

[...] ocupan el espacio que la imaginación necesita para reproducir el hechizo” (267). Ésta pérdida es la que Sócrates denunciará respecto del uso de la escritura (aunque Platón se encargara de hacerla sobrevivir por medio de la misma), la reciprocidad entre visión y sonido se convierte en la abstracción de una metáfora creada no siempre con la tradición resonante y compartida del aedo, se echa de menos la inspiración maníaca, divina, de las Musas.

Auserón dedica una parte de su estudio a deslindar el ritmo musical de la métrica, más moderna, quizá forzada a mantener el compás mientras aquél se permitía el rubato de lo cantado, menos exacto pero más emotivo, el aedo se hace rapsoda, y se desplaza el poder sagrado de las Musas al dominio exclusivo del lenguaje, lo religioso cede su poder ancestral. Curiosamente éste será un camino de ida y vuelta, porque la necesidad de evitar la repetición mecánica en el poema llevará a al poeta consciente a la búsqueda de lo musical y su gracia expresiva (571); este libro es también un tratado sobre los orígenes del verso actual, interesante para cualquier poeta que aprecie saber cuáles son sus ingredientes al escribir (no sé si esto hoy supone un anacronismo, ojalá no), sin caer en un metricismo que pretenda “[...] capturar en palabras muy distintas a las del poeta la razón seminal de lo poético” (617).

“El lenguaje no es siempre rítmico, pero obedece a un orden lógico que se distingue de la materia de las palabras” (643), de alguna manera la presencia de unidades temporales adoptando un orden está presente en la creación literaria en una u otra forma, Auserón recurre a Aristóxeno de Tarento (s. IV aC) y sus *Elementa rhythmica* para tratar de explicar la noción de ritmo en la Antigü-

dad, muy vinculado al despliegue de la armonía y la melodía, frente a la influencia del pulso percutivo de origen africano, que ha terminado imponiéndose; la salmodia, el canto romano antiguo o el gregoriano pueden ser restos de ese concepto rítmico, mientras que el pulso fijo en cada compás responde a esta ascendencia africana.

Santiago Auserón despliega erudición académica y pensamiento propio, no estamos ante una acumulación de datos sino en los adentros de un estudio comprometido en el que el autor se postula en esa búsqueda arqueológica como un indagador crítico de las esencias de la cultura actual, rara es la página en la que no asistimos a una anámnese y a un diagnóstico de un fenómeno de hoy, y en ese sentido estamos ante un libro vivo que establece a Auserón como referencia y autoridad investigadora tanto como ensayista, capaz de aportar ideas a nuestra comprensión no ya respecto de lo histórico sino de hogaño (si es que no son lo mismo): “Las notas y los intervalos no adquieren sentido sino en reciprocidad” (689), lección musical que bien podríamos aplicarnos los seres humanos.

Hace años que no traduzco la cita de Aristóteles sobre el “animal político” así, prefiero hablar de “animal nacido para la pólis”, porque se trata de una alocución racista que marca la diferencia con aquéllos que no pueden disfrutar de los derechos de ciudadanía por su naturaleza inferior. Tras la lectura de este trabajo monumental, no descarto mirar con ojos diferentes el protagórico “El hombre es la medida (‘métron’) de todas las cosas” como “El humano es el ritmo de todo lo que existe”.

Francisco Silvera
Universidad de Valladolid

